

Vendiendo la labor, vendiendo los conocimientos: un estudio antropológico de las modistas de taller y de las costureras ambulantes gallegas¹

SHARON R. ROSEMAN

Memorial University of Newfoundland

RESUMEN

En este artículo, trato de la organización de la labor de las costureras y modistas gallegas durante la segunda mitad del siglo veinte, a través de las entrevistas con cuarenta y cinco mujeres de distintas edades en la provincia de A Coruña. Presento la tarea de las costureras y modistas que han trabajado para clientes particulares, dejando a un lado el estudio de las trabajadoras que cosen para fábricas de confección. Argumento que, dentro de la economía de la costura a pequeña escala, hay una estratificación bastante complicada entre dueñas de talleres, costureras ambulantes, y aprendices, una estratificación que imita y refleja la jerarquía más general de la sociedad gallega.

Palabras claves: Galicia, Costureras, Modistas, Artesanos ambulantes.

ABSTRACT

In this article, I analyse the internal organization of relations of labour among Galician seamstresses and dressmakers during the second half of the twentieth century. Based on interviews with forty-five women of various ages in the province of A Coruña, I focus on the work of the seamstresses and dressmakers who have worked for private clients rather than on the thousands of women workers who sew for clothing manufacturers. I argue that, within the economy of the small-scale sewing trade, there is a complicated stratification system among owners of workshops, itinerant seamstresses, and apprentices—a stratification sequence that imitates and reflects the more general hierarchy of Galician society.

Key words: Galicia, Seamstresses, Dressmakers, Itinerant tradespeople.

¹ Este artículo reproduce en parte el capítulo “Selling Skill, Selling Labor: Clandestine Seamstresses and Dressmakers in Galician Spain, 1940s to 1990s,” en Tamar Diana Wilson y Judith Marti (coord.), *Women in the Informal Sector: Case Studies and Theoretical Approaches*, Albany, NY: State University of New York Press, a aparecer.

Esta investigación fue patrocinada por the Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research, the Social Sciences and Humanities Research Council of Canada, y la Universidad de McMaster.

En este artículo trato la labor de las costureras y modistas que han trabajado, sobre todo, para los clientes particulares en la provincia de A Coruña, desde los años cuarenta hasta los primeros años de esta década².

En mi análisis, sigo otras investigaciones sobre la producción no regulada de prendas en las casas familiares y en los talleres no registrados. Aunque muchos estudios sobre este tema se centran en cómo las grandes fábricas consiguen reducir sus gastos mediante la subcontratación de obreras eventuales y sin seguro; en mi artículo, trato de la vida de las mujeres que confeccionan ropa, directamente, para sus clientes particulares o, por contrato, con otra modista (Allen and Wolkowitz, 1987; Alonso, 1983; Fernández-Kelly y García, 1989; Hadjicostandi, 1990; Sara-Lafosse, 1983).

² Hice el trabajo de campo para este artículo en 1990/91 cuando formaba parte de un proyecto más extendido sobre la antropología de trabajo en Zas, y también como parte de mi proyecto específico sobre la profesión femenina de costura en 1994. En total, entrevisté a cuarenta y cinco mujeres en tres ayuntamientos rurales y en Santiago de Compostela. Todas estas mujeres han trabajado como modistas o costureras (o empleadas de otras) haciendo arreglos o cosiendo ropa a medida para clientes particulares. Muchas de las entrevistas fueron grabadas. Si una mujer estaba incomoda con la técnica de grabar, tomaba notas durante la entrevista. Todos los nombres usados en este artículo son ficticios. También, recogí más datos observando la actividad en las casas y talleres de algunas modistas y costureras, entrevistando a seis dueñas de academias de costura, hablando con los dueños de tiendas de ropa que empleaban a costureras para hacer arreglos, y entrevistando a las mujeres en otra rama importante de 'home-work': las que hacen ropa de punto para clientes particulares y para fábricas.

Como el gobierno central antes, en los años noventa, la Xunta de Galicia también daba subvenciones para cursillos de dos a cuatro meses de duración en costura y confección, encaje, y punto. La transferencia, en parte, de responsabilidad administrativa para empleo y formación puede afectar a oficios como la confección y costura. Durante 1993-94, aproximadamente veintinueve cursillos en estas especialidades fueron ofrecidos gratuitamente a mujeres que estaban en paro. En contraste, habían pocas asignaturas en estas ramas en lo que se llamaba en aquel época 'formación profesional'. En 1993-94, habían sólo cinco asignaturas en el total de dos institutos del estado y tres institutos privados. Por eso, como explico abajo, en general la instrucción en corte y confección tiene lugar en las academias privadas con lecciones patentadas, o bien es impartida por modistas que emplean el sistema más tradicional de aprendizaje 'práctico'. El último sistema se puede considerar 'clandestino' oficialmente cuando los aprendizajes no están inscritos administrativamente. En parte a pesar de las subvenciones administrativas que pagan una parte del sueldo de los aprendices, algunas fábricas pequeñas y talleres han empezado a ofrecer instrucción y también a tratar a sus 'aprendices' como 'empleados' (Buechler y Buechler, 1992: 110). Adicionalmente, algunas mujeres con la edad de treinta hasta cuarenta me dijeron que han aprendido a coser por cursos a distancia. "Durante la época franquista, las instructoras de la Sección Femenina de F.E.T. y de las J.O.N.S. daban clases de corte y confección; incluso, a comienzo de los años cincuenta, la Delegación Nacional de la Sección Femenina firmó un convenio con la Casa Martí por lo que, cuando las alumnas de cursos de la Sección Femenina obtenían el título de Corte y Confección eran siempre del Sistema Martí (Ampliación a la carta circular No. 4, Escuelas de Hogar, 19 de diciembre de 1952, de La Regidora Central de Cultura de la S.F. a las Delegadas Provinciales de la S.F. Fondo: Archivo Histórico Provincial de Lugo, Sección Femenina, Caja 2).

Agradezco a las costureras y modistas de la provincia de A Coruña que me dedicaron su tiempo para hablar conmigo acerca de sus vidas: "Moitas gracias pra vosa confianza." También mis gracias a Wayne Fife, Judith Martí, y Tamar Diana Wilson por sus comentarios sobre una versión previa de este capítulo. Muchísimas gracias a la Administración, profesores y alumnos de la Facultad de Humanidades del campus de Lugo de la Universidad de Santiago de Compostela, que me invitaron a presentar este trabajo en 1998. Toda la responsabilidad sobre la interpretación final es mía. Esta investigación fue patrocinada por the Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research, the Social Sciences and Humanities Research Council of Canada, y la Universidad de McMaster.

Desde el comienzo de la confección industrial, durante la segunda mitad del siglo diecinueve, se ha desarrollado una diferenciación entre los trabajadores de las fábricas industriales y los que hacen el mismo trabajo, “a destajo”, en sus casas y en talleres no registrados. Las costureras no reguladas proporcionan una labor ‘flexible’ que asegura un nivel más alto de productividad y ganancia a los empresarios, que pueden contar con estas empleadas “escondidas”, que hacen una gran parte del trabajo en los momentos de mayor demanda. Por el contrario, los empresarios que se benefician de su trabajo, no tienen compromiso de contratación en situación de baja actividad.

Las historiadoras e historiadores han señalado que, durante el siglo diecinueve y los principios del veinte, una división de la labor basada en el género se asoció con la separación de los empleados de los sectores llamados “formal” e “informal”: la mayoría de las “sweaters” (palabra inglesa usada en este contexto para indicar “los que sudan”), que trabajaban en sus casas y talleres, eran mujeres, tanto jóvenes como mayores, mientras que los hombres, con mayor anticipación, conseguían trabajo fijo en las sastrerías y en las fábricas de confección (Morris, 1986; Pennington y Westover, 1989; Scott, 1988). Los investigadores e investigadoras que centran sus estudios en la época del capitalismo transnacional, se han preocupado también por la estratificación interna de las trabajadoras clandestinas, con contratos informales; algunas no sólo cosen sino que también sirven de enlace, mediante la contratación de otras costureras para las fábricas. Cuando ocurre eso, se produce una situación de explotación de sus compañeras.

Más adelante, trato de una estratificación parecida que existía y sigue existiendo entre las mujeres que confeccionan ropa para clientes particulares en A Coruña. Me fijo en la situación socioeconómica de las familias dentro de los distintos estratos, y demuestro que la jerarquía de las modistas y costureras refleja el sistema económico general del que forman parte (Benería y Roldán, 1987).

1. EL CONTEXTO DE LA INVESTIGACIÓN

Como sabemos, los gallegos experimentaron una larga historia de marginación económica y política, que tuvo como consecuencia una gran emigración, permanente y temporal, a otras partes de la Península y a las Américas, sobre todo durante los siglos dieciocho, diecinueve y las primeras décadas del veinte. A partir de los años sesenta, una gran parte del movimiento migratorio gallego se dirigió a otros países europeos como Suiza y Alemania (Beiras, 1973; H. Buechler, 1987; H. C. Buechler y J.-M. Buechler, 1975, 1984; J.-M. Buechler, 1975; Labrada, 1971[1804]; Meijide Pardo, 1960; Palmás, 1984).

En muchas aldeas costeras y del interior, hay casas que siguen viviendo, por lo menos en parte, de la labranza y de la crianza de ganado. Se sabe que las mujeres gallegas han mantenido un nivel alto de participación en el mercado laboral oficial, y también en muchas actividades del sector “informal” (Alcobenda Tirado, 1984: 12, 36; Casas,

1987: 104, 105; Soto Carmona 1984: 286-289). Los antropólogos y antropólogas que han hecho trabajos de campo en A Coruña, nos cuentan que la emigración masculina ha reforzado el rol crítico de la mujer en la labranza y la ganadería, que les lleva a producir para vender, por ejemplo la leche o las terneras, o simplemente para el autoconsumo (Buechler y Buechler, 1984; H. Buechler, 1987; González, 1995, 1999; Kelley, 1988, 1991; Roseman, 1993; también véase Labrada, 1971[1804])³. En mi caso he argumentado que se podía analizar esta situación en zonas de A Coruña con el modelo “worker peasant” u “obrero-campesino”, porque las actividades de la producción primaria se complementaban con ingresos del sistema de la Seguridad Social, como las pensiones, las remesas de los familiares emigrados y el trabajo asalariado realizado más cerca de casa (Roseman, 1993; Holmes, 1983, 1989). Además de la labor que contribuye al cultivo y a criar su ganado, las chicas y mujeres del medio rural han trabajado también de criadas; de *xornaleiras* (en agricultura y en actividades más ‘masculinas’ como la minería); de vendedoras de los frutos del campo, pescado y de otras mercancías; en las fábricas de conservas establecidas en la costa en el siglo XVII; y en los oficios artesanales, como la producción del lino, la tejeduría, y la confección de ropa (Carmona Badía, 1990; Kelley, 1988; Lorenzo, 1983; Roseman, 1993; Villares, 1985). Gran parte de este trabajo fue hecho dentro del mercado laboral, no regulado y no documentado, del llamado sector “informal”.

En las ciudades gallegas, en el momento de la modernización más intensa de los años sesenta y setenta, cuando empezó el incremento de puestos de trabajo para obreras de industria y comercio y para funcionarias, las mujeres urbanas del proletariado y del subproletariado trabajaban de empleadas de hogar no reguladas (por ejemplo, de criadas y lavanderas), de vendedoras ambulantes, y en los oficios artesanales, como el bordado y la confección de ropa (Lorenzo, 1983). En el presente artículo trato sobre la última categoría de trabajo especializado arriba mencionado. Mi trabajo está basado en los datos que recogí en varias aldeas de la provincia de A Coruña y en Santiago de Compostela, durante las estancias de mil novecientos noventa y noventa y uno y noventa y cuatro.

Se puede decir que hasta los años setenta en Galicia, la costura especializada, que incluía la simple confección de ropa a mano y a máquina, el bordado y el encaje de bolillos, fue uno de los oficios más ejercitados por las mujeres de las casas del medio rural. La mayoría de ellas trabajaban directamente para clientes particulares o para propietarios/as de talleres. Sin embargo, desde hace veinticinco o treinta años, en el momento de la emigración a las ciudades gallegas como A Coruña, tanto las modistas con sabiduría y experiencia, como las inexpertas, tuvieron posibilidad de empleo en las fábricas que confeccionaban ropa de tela y de punto para el mercado español y la exportación.

³ Para una situación similar en el norte de Portugal, véase el trabajo de Brettell (1986) y Cole (1991). Durante los siglos diecinueve y veinte, tanto en la costa de A Coruña como en la costa del norte de Portugal, se encontraba un número bastante elevado de casas con herencia matrilineal y las mujeres ‘casada na casa’ (Brettell, 1986; Cole, 1991; Kelley, 1991; Lisón Tolosana, 1983[1979]).

No obstante, esta época de expansión en las oportunidades laborales en el sector formal duró poco, y, más tarde, cuando la economía española fue reestructurada e 'informalizada', muchas perdieron su puesto, derivando esa situación en una reducción generalizada, del número de empleados fijos en muchas industrias (Benton, 1990). Durante los años ochenta y noventa, muchas mujeres del medio rural y de barrios urbanos empiezan a hacer trabajo a destajo, confeccionando ropa de tela y de punto, directamente para fábricas o para agentes intermediarios: estos suelen ser individuos y cooperativas que tienen el derecho legal de coser para las fábricas, pero no de contratar laboralmente a las no afiliadas⁴.

Junto a esta expansión reciente del trabajo a destajo hecho para las fábricas, hay un empleo continuo de las costureras y modistas para clientes particulares y para las tiendas de ropa que piden arreglos para sus clientes. En los años noventa, muchas mujeres siguen trabajando en sus casas y talleres para una clientela diversa que comprende, tanto gente que encarga ropa a medida, como agentes intermediarios que contratan trabajo para las fábricas (Buechler y Buechler, 1992:109-112). Durante las últimas décadas, un cambio de preferencias y un aumento de ingresos familiares han propiciado que muchas personas, que antes iban a las modistas y sastres modestos, ahora prefieran comprar su ropa en tiendas o incluso en las ferias o a vendedores ambulantes que viajan por las aldeas.

Esta disminución de la preferencia por las prendas hechas a medida es sobre todo corriente entre gente de las familias más humildes, que antes no podían costearse ropa prefabricada y recurrían, en consecuencia, a las costureras para arreglar y rehacer su ropa con mucha más frecuencia que para confeccionarla nueva (Buechler y Buechler, 1981: 83). No obstante, existen todavía bastantes personas, por ejemplo, la gente mayor y mujeres con dinero que siguen encargando mucha ropa. Es común, también, que las mujeres de cualquier nivel económico encarguen a una modista los trajes de fiesta.

A continuación voy a tratar sobre este tipo de costura que sigue existiendo en Galicia, al lado del trabajo a destajo realizado para los fabricantes. En la mayoría de los casos, las dos categorías de trabajo son clandestinas, sin documentación, y conforman la estratificación interna.

2. VENDIENDO LOS CONOCIMIENTOS, VENDIENDO LA LABOR: LA ESTRATIFICACIÓN ECONÓMICA

Como en décadas pasadas, hoy en día es posible que las clientas que visitan a una modista no se den cuenta de que la prenda encargada no será hecha solamente por la

⁴ Con la idea de mejorar las condiciones de trabajo de las mujeres en el medio rural gallego, la Xunta de Galicia empezó a ofrecer subvenciones y préstamos a las cooperativas que habían hecho ropa para fábricas grandes. Muchos de estas iniciativas empezaron a pesar de los esfuerzos de unos curas que se

mujer con quien están tratando. Es probable que haya sido presentada a la modista por una amiga y que la haya elegido por su reputación, una reputación de no cobrar demasiado, de ser creativa ajustando los modelos estándares a los cuerpos de sus clientas, de tener un conocimiento profundo de la moda, y, quizás también, por la confianza en la realización puntual del trabajo. Pero es muy posible que una modista próspera cuente con la ayuda de algunos aprendices y otras costureras con más experiencia, que le ayudan.

Aunque algunas aprendizas pagan algo a su maestra para aprender el oficio; otras, en vez de pagar una cuota de enseñanza, ayudan a la modista en las tareas sencillas, como el planchado de las junturas o el hilvanado. Hay otras costureras, que van a las casas o talleres de modistas para hacer una parte de la prenda, que se les ha encargado, o llevan el trabajo a sus casas, para hacerlo al tiempo que atienden el trabajo, no pagado, de cuidar a los niños y a la gente mayor y débil, realizar las tareas de labranza o la cocina. Como las modistas, con las que tratan las clientas, estas obreras cobran por el trabajo hecho, en vez de por hora.

Como en otros oficios especializados, la costura artesanal subcontratada para las fábricas de confección en Galicia, está estratificada. El sistema actual de estratificación está basado en los modelos de producción de los talleres corrientes existentes a principios del presente siglo, cuando la mayoría de los gallegos encargaban su ropa nueva y arreglos a los artesanos y artesanas especializados. Y estas artesanas del mundo de la costura, muchas de ellas aprendizas no pagadas, trabajaban en los talleres y en las casas de su clientela. Durante las tres últimas décadas, todavía existía un sistema de aprendizaje informal, que ha ido reemplazándose por la formación de modistas en cursos patrocinados por el Estado o en academias privadas. Aún hoy en día, hay en A Coruña unas cuantas costureras ambulantes que siguen trabajando en las casas de sus clientas. Sin embargo, su ubicación en el nivel inferior, dentro del sistema de estratificación, es ahora ocupado por un grupo similar de costureras mal pagadas que tienen que hacer el trabajo a destajo para otras modistas, o hacer más arreglos que ropa nueva.

Como demuestro a continuación con ejemplos de las historias de trabajo de las mujeres a quien entrevisté, el sitio de una costurera en el sistema de estratificación estaba y sigue estando determinado por varios criterios: (1) si es una aprendiz, empleada o maestra/patrona; (2) si es ambulante o trabaja en un taller fijo; (3) la cantidad de capital que ha invertido en sus máquinas de coser u otros medios de trabajo; (4) el número de empleadas y/o aprendizas dependientes de ella; y (5) y la modalidad de pago, que va desde un jornal hasta los pagos recibidos por cada prenda o arreglo.⁵ A continuación,

preocupaban por la falta de oportunidades económicas en sus parroquias y en 1994 fueron la responsabilidad de Relaciones Laborais de la Consellería de Xustiza, Interior e Relacións Laborais. En julio de 1994, 177 cooperativas fueron inscritas con la Xunta con la mayoría—102 de estas—concentradas en pueblos y aldeas de la provincia de A Coruña (también, véase Buechler y Buechler, 1992: 110, 115).

⁵ Rodríguez Campos (1983: 86-107, 1990: 129-137) además de Fidalgo Santamariña y Fernández-Taboada (1988) han notado algunas de estas características en su tratamiento de las profesiones masculinas. También, véase Carmona Badía (1990) y Saavedra (1985: 307-376) sobre las condiciones y organización de trabajo de los artesanos en los siglos dieciocho y diecinueve.

me intereso por los factores que determinan que una mujer en Galicia acceda a las categorías de trabajadoras existentes dentro del oficio de costura: aprendizas y obreras, costureras ambulantes, y modistas con talleres.

3. ADQUIRIENDO LA HABILIDAD: EL APRENDIZAJE DE 'ESTUDIANTE' O DE 'TRABAJADORA'

Las aprendizas o empleadas de otras mujeres, todavía constituyen el nivel inferior en la jerarquía de costureras o modistas. Hasta los años setenta, el sistema informal de aprendizaje fue uno de los pocos medios que permitía a las mujeres jóvenes de las familias labradoras y obreras adquirir formación en un oficio. Las aprendizas, a quien a menudo sus maestras las llamaban 'criadas', o bien pagaban una cuota a la maestra cada mes, o contribuían con su labor no retribuida. La cuantía de la cuota subía con los años, según mejoraba el nivel de vida en España; mientras que durante 'os anos de fame' de los cuarenta, las modistas cobraban a las jóvenes solamente cinco pesetas al mes, durante los años sesenta el costo de la formación subió a cien pesetas, y en los primeros años de los sesenta a doscientas pesetas al mes. Esta cantidad variaba según el grado de la maestra dentro del oficio, y también según la relación que tenía con la estudiante y la familia de ésta. Más de una mujer me explicó que no pagaron nada para aprender a coser, porque sus familias tenían relaciones cercanas con las modistas que las formaban. Beatriz, una residente de Santiago que tenía cuarenta años cuando la entrevisté, confirmó este hecho: "Nunca pagué. La modista con quien empecé fue alguien a quien conocíamos entonces no me cobró nada." Esto condicionó que Beatriz aprendiese su oficio en un taller al lado de dos jóvenes que pagaban por estar allí. Algunas mujeres iniciaron su aprendizaje muy pronto; a partir de los doce años; la mayoría, sin embargo, empieza a coser entre los catorce y los dieciocho años⁶.

Casi todas las mujeres me dijeron que eligieron el oficio de costurera porque les gustaba, ya desde edad temprana. Algunas tenían el ejemplo de sus madres, tías o primas que trabajaban de costureras. Un buen número de ellas también dijeron que aprendieron a coser, por sí mismas, haciendo ropita para sus muñecas. También me explicaron que en ese momento, la costura era uno de los pocos oficios que las jovencitas de familias modestas podían aprender. Encarnación, hija de labradores me dijo: "Mis padres tuvieron fincas. Entonces o trabajabas en las fincas o ibas a aprender algo. En algún tiempo la cosa más común para una chica fue ir a aprender a coser." Otra mujer, Lina, que a sus cuarenta y cinco años le encanta su oficio, me explicó la treta que utilizó su madre para hacerse modista. La madre la mandó a un taller cuando Lina tenía catorce años, diciendo que sería por poco tiempo y que aprendería a coser solamente para ella misma. Sin

⁶ La mayoría de las mujeres entrevistadas dijeron que han empezado a aprender a coser cuando terminaron el colegio.

embargo, a los dieciocho años, Lina se encontró con que era la única persona de su familia que podía ganar un sueldo. “Non me gustou nada! Pero aos dezanove anos tiña que saír a traballar. Os meus dous avós se puxeron enfermos ao mesmo tempo. E a miña mamá que traballaba antes tiña que vir a súa casa e cuidar a eles e enton non tuvemos o xornal de nadie.”

El proceso de aprendizaje consistía en observar a las maestras y aprendizas con más experiencia, haciendo varios tipos de trabajo e imitándolas durante muchas horas de práctica. Las maestras daban instrucciones explícitas, solamente, cuando querían explicar algo nuevo a una aprendiz. Esas aprendizas, que pagaron unas matrículas considerables para aprender a cortar y coser, con frecuencia practicaban haciendo su ropa y la de familiares. En otros casos, sobre todo cuando la aprendiz no había pagado para aprender el oficio, ayudaba a la maestra en la confección de las prendas destinadas a clientes particulares. Así, las chicas aunque no trabajaban como costureras aprendían a hacer y a arreglar ropa para los familiares, una habilidad ventajosa para cualquier familia.

La época del aprendizaje, con frecuencia con más de una maestra, en general duraba de dos a siete años. Esta prolongación del período de aprendizaje dependía de la edad de la jovencita en el momento de su iniciación, la rapidez de asimilación, y la relación que ella y su familia tenían con la maestra o maestras (si estudiaba con más de una). Era común que, al principio, las mujeres jóvenes se iniciasen con una costurera corriente y que después estudiaran el corte y el diseño con modistas o sastres durante un período corto. En la mayoría de los casos, los padres no podían sostener por mucho tiempo esta última parte de la formación. Pilar, de setenta y cuatro años y “patrona” de una casa de labradores-obreros, trabajó de costurera para otras familias de labradores durante toda su vida adulta. Me explicó que cuando tenía trece años, sus padres le pagaron solamente tres meses de aprendizaje en un taller bastante sofisticado en un pueblo cercano: “Levaba o meu caldiño e pagaballe por día. Tres reais. Unha peseta. Os días que fun. Tres reais por día e sin comida. Era así. E despois empecei traballando eu mesma e aprendín moitas cousas soa coa miña cabeza.” En este caso, la cuota de una peseta era excesiva para sus posibilidades, ya que se equiparaba a lo que un miembro de su familia podía ganar trabajando para labradores de las casas fuertes. Sin embargo, el tener un taller, garantizaba la profesionalidad de la maestra. Matilda, una labradora de sesenta y seis años que trabajaba de costurera ambulante cuando era joven, se acordó que su segunda maestra, ambulante, sabía más sobre la confección de los trajes y otras especializaciones, que su primera maestra que tenía un taller: “E enton fui a xunta de Mercedes pra axudarlle. Fomos de casa a casa. Aprendín facer outras cousas. Por exemplo, como facer os calzoncillos de home, camisas, chaquetas, corbatas, os pantalóns de home”.

Algunas modistas sólo cobraban a las chicas por enseñarles el corte y el diseño. Lina, una mujer de cuarenta y cinco años que ahora vive y trabaja en un pueblo pequeño, me explicó la distinción cuando le pregunté si tenía que pagar algo para aprender su oficio en un taller grande, en donde había hasta quince aprendizas/empleadas al mismo

tiempo. Llevaban este taller una mujer y sus dos hijas. “Pra aprender coser, non. Como nos axudábase a ela no quisou cobrarnos. Nin nos pagou, non. Pero pra aprender o corte, si. Tiñamos que pagar.” Muchas aprendizes empezaron a ganar un sueldo pequeño una vez que aprendieron a hacer bien algunas cosas. En otros casos, las aprendizas pasaron a ser empleadas de sus maestras. Beatriz explicó como, de jovencita, le pagaban un jornal muy chiquitín en el segundo taller en que era aprendiz en Santiago de Compostela. “E despois fun coser pra outra muller. Alí houbo sete chicas. Fui un taller grande. A segunda me pagou algo porque xa sabía un pouco.” Las costureras ambulantes que llevaban aprendices consigo, les exigían trabajo y el pago de una pequeña cuota porque las clientas les daban la comida a ambas. Algunas aprendizas llegaron a ser obreras de costureras ambulantes; como Josefa, una mujer de cuarenta y siete años. Sin capital para comprar una máquina de coser ni experiencia para alcanzar una buena reputación y una clientela regular, no tenía otra elección que la de empezar como empleada de otra costurera: “Daquela ela pagoume. Saímos as sete do mañan e volvimos a casa a noite, traballas de sol a sol. Daquela ganeí seis pesetas todos os días.”

Como indican los datos presentados hasta ahora, había diferencias significativas entre hacer el aprendizaje con una costurera ambulante o con una modista de taller. Para perfilar mejor esa diferenciación, paso a exponer las características de cada uno de estos tipos de trabajo, y a mostrar como, hasta las últimas décadas, la distancia mayor entre las costureras gallegas se daba entre las que recibían un jornal que apenas alcanzaba para su sostenimiento, y las que trabajaban como confeccionadoras de unas mercancías que se vendían por pieza.

4. LAS COSTURERAS AMBULANTES

Después de las aprendizas y las empleadas, las costureras ambulantes tenían la categoría social inferior y el poder económico más bajo de todas las gallegas que vivían de la costura. Aunque sus clientes esperaban que estas costureras hicieran y arreglaran todo tipo de ropa, incluso los pantalones y chaquetas de hombre y los vestidos de mujer, se llamaban ‘costureiras’ en vez de ‘modistas’ porque normalmente tenían menos formación y recursos, y confeccionaban la ropa menos fina y adornada de los labradores pobres, jornaleros del campo, y obreros de la ciudad. Las familias ricas de ciudades como Santiago de Compostela y también del medio rural ‘chamaban as costureiras’ para hacer arreglos, reformas y tela de lino en su casa; si bien, estas mismas familias, al mismo tiempo iban a los talleres de las mejores modistas y sastres para encargar ropa nueva. Por supuesto, la mayoría de estos talleres funcionaban en el sector formal.

En las zonas rurales de Galicia, el sistema de estratificación diferenciador entre la producción ambulante y la de los talleres, estaba imbricado en las relaciones de producción e intercambio de la agricultura, en la que las casas eran consideradas por la cantidad de tierra que poseían o, en la situación contraria, por la necesidad de vender su

trabajo. Los individuos y las casas de los niveles inferiores apenas poseían tierras, vendían su labor y/o pagaban arriendos muy altos por las fincas que cultivaban.⁷ Las costureras ambulantes y sus aprendizas procedían de estas casas y, como los criados y los jornaleros, trabajaban sólo para atender su subsistencia. No obstante, a diferencia del caso de otros jornaleros y jornaleras, las costureras y otros artesanos no hubieran podido trabajar si no contasen con los recursos para comprar las herramientas más elementales para ejercer su oficio. En el caso de las costureras, el gasto más grande fue el de la máquina de coser, que habitualmente transportaban encima de la cabeza.

Por contraste, en general los sastres/sastras y las modistas que montaban taller, venían de casas de labradores medianos y prósperos,⁸ que muchas veces invertían sus recursos en otros negocios como las tabernas, las tiendas pequeñas u otros proyectos de artesanía. Sólo algunas familias habrían podido montar taller de costura: necesitaban tener bastante espacio en sus casas, bastante capital para comprar las máquinas de coser y planchas de buena calidad, y, además, para poder dar una educación superior de corte y diseño a su hija, o hijo, si decidía ser sastre.

La pertenencia de las trabajadoras ambulantes, en la Galicia rural, a un nivel social inferior, estuvo determinada por el jornal: a las costureras ambulantes se les pagaba una cantidad fija por el trabajo diario, “de sol a sol”. Se les remuneraba por cada prenda específica que hacían o arreglaban, en contraposición a la situación de las modistas y sastres de taller que trataban el precio con sus clientes. Como cualquiera que ganaba un jornal, las costureras ambulantes eran presionadas por sus clientes que reclamaban la realización de trabajo por poco dinero. Además, el jornal se pagaba en un contexto inseguro; a diferencia de la dueña de un taller, las jornaleras no contaban con medios para guardar la prenda si el cliente no pagaba: cobraban solamente después de trabajar todo el día y la tarde, y, a veces, no cobraban.

Bien sea artesano, costurera, jornalero de labranza, había un pretexto similar para justificar el jornal pagado a los trabajadores que desarrollaban su labor en las casas y fincas de sus patrones. Un día de trabajo era recompensado con un sueldo que cubría solamente las necesidades diarias del obrero. Este sueldo se llamaba ‘o xornal’ y más que nada estaba compuesto de dos partes: la paga, ‘en especie’, de una o dos comidas durante el día, y una suma pequeña de dinero contante.⁹ Durante la difícil época de los años cuarenta, las costureras y otros jornaleros, a menudo, no recibían sueldo, o se les pagaba tan solo una peseta. La dependencia de este sistema de jornal, que únicamente cubría la alimentación de un día, fue un tema recurrente en sus narraciones.

7 Refiero aquí a los denominados criados, caseiros, y xornaleiros.

8 Los de casas de labradores y de “casas fortes”.

9 Otra alternativa era “o xornal seco” que consistía solamente de un sueldo en dinero.

Algunos canteros me dijeron que preferían esta manera de cobrar. Anteriormente, como otros artesanos, algunas costureras recibían una renta anual en vez de un jornal. Según este tipo de contrato, se cosía todo lo que necesitaba una casa en cambio de un precio fijo para todo el año.

Sara, que tenía setenta y cuatro años en mil novecientos noventa y uno, trabajó de costurera en las aldeas durante más de cuarenta años. Acerca del sueldo comentó que “Foras pagado ao día, o quero decir que cobraba cando podías. O xornal foi poquito [...] Eu fun traballar un día entero pra esta peseta.” Al fin y al cabo, este trabajo (como ganando un ‘xornal’ trabajando en las fincas) era ni más ni menos que vendiendo la labor del cuerpo: “Levabas a máquina, as agullas e teu corpo a traballar [...]” Cuando eran adolescentes, al comienzo de su actividad de costurera, Sara y Matilda (de sesenta y seis años cuando hablábamos), trabajaban a bastante distancia y dormían en las casas de los clientes. Fue durante esta época que se sintieron muy vulnerables: “Daquela, tiña que traballar co candil de gas hasta os once o os doce da noite antes de dar-me eles a cea” (Sara).

Las condiciones físicamente difíciles del trabajo de costura también fueron recordadas por las mujeres en sus relatos; aunque otros aldeanos a menudo se burlaban del trabajo ‘interno’ o doméstico de las costureras, las mujeres declararon que en muchos sentidos era muy similar al trabajo de labranza.¹⁰ Por ejemplo, sufrieron muchos problemas de ojos, a causa de haber trabajado hasta muy tarde con la iluminación, frecuentemente mala, proporcionada por las clientes. También experimentaban un dolor muy severo de la espalda, de las rodillas y del hombro, a causa de haber estado de rodillas en los suelos fríos mientras cosían. Todo esto les afectó. Sara me hizo la observación de que “Tiñas que facer-lo aunque si fora a noite co esa vela o co un candil de gas. O recuerdo do candil de gas e negro. Si non acabei, traballaba a noite pra que a xente fora contenta. Conformei coa xente. O corpo e destruído.” Otras dificultades físicas incluían el recorrido por los caminos lodosos, como Sara y Pilar (de setenta y siete años) los describieron: “coa máquina na cabeza e o neno no brazo.”

Las costureras también experimentaban la soledad y el miedo, cuando andaban solas por el monte, al amanecer y durante la noche. Algunas de las imágenes más impresionantes de sus narraciones se corresponden con las descripciones de su trabajo, o de sus caminatas en soledad durante la noche, una eventualidad rara en el medio rural donde la gente es muy sociable y no suele tener miedo a los peligros de la noche: “A noite no comiamos a cea nas casas. Traballabas ata que no veias máis de día e marchabas. Tiñas medo por o camiño e viñas sin ceare. Che daban un pouco de broa pra comer na casa co caldo. Moita pobreza, moito conto” (Sara). “E si no terminei levaba o traballo a casa e de noite, cosía mais” (Pilar).

Las costureras ambulantes no estaban de acuerdo con la suposición de que eran menos diestras que sus colegas, dueñas de talleres. La relación lugar/destreza está muy difundida en la historia de los oficios europeos. Por ejemplo, sabemos, por un libro de la historiadora Joan Scott, que en la mitad del siglo diecinueve, los maestros de sastrería de

¹⁰ Recursos del folklore mencionan que las costureras y los satres eran considerados menos fuertes y menos trabajadores que los que practicaban solamente la agricultura. (Cabeza Quiles, 1974. Gran Enciclopedia Gallega 1974).

Francia acentuaban la superioridad del trabajo hecho en sus talleres, comparándolo con el realizado por los obreros que trabajaban en sus casas. Como señala Joan Scott, en este debate sobre la idea de que trabajar en las casas tenía algo que ver con la deregulación del oficio, la destreza se relacionó “tanto con el lugar en donde se trabaja como con la habilidad ejercida” (Scott, 1988: 97, en lo original “as much to the location of work as to practical abilities”).

Las mujeres con quien hablé subrayaron que eran las trabajadoras de costura más versátiles en la zona. Proporcionaban un trabajo crucial a los jornaleros y labradores, que no podían costear la ropa prefabricada, ni incluso los tejidos hechos en fábricas, ni los accesorios necesarios. Estas situaciones se daban de manera generalizada en los primeros decenios del s. XX y durante la Guerra Civil de España (1936-39), el tejido, los botones, y el hilo, hechos a menudo de lino, eran las únicas materias que se habían podido conseguir durante los años duros de posguerra, de los cuarenta, e incluso durante los primeros años de los cincuenta. Los clientes mandaban que las costureras arreglaran la ropa vieja, los sacos y las sábanas tantas veces como les encargaban cortar y coser ropa nueva. Riendo, Matilda me comentó que cuando trabajaba de costurera, durante los primeros años de los cincuenta, a menudo sabía de qué color era una prenda, debido a los muchos remiendos que tenía. Pero luego, más seria nos describió la dificultad de hacer hermosa una prenda vieja. Y dijo que muchas modistas de taller no aprendían bien esta habilidad, de hacer arreglos por ser una tarea de baja consideración.

Como en el caso de las modistas y de otros artesanos gallegos, se decía que la destreza de la costurera ambulante respondía a la habilidad ‘natural’ y a una buena formación. Existía el convencimiento de que las que nacían con esa dote, tenían facilidad de aprender el corte y la confección de ropa. De ellas se decía que “tiña idea”. Muchas jóvenes se formaban en la costura pero con malos resultados. Pilar y Sara ambas me comentaron que gracias a su habilidad, aprendieron mucho durante su etapa activa, observando el corte de las vestimentas más corrientes llevadas por las labradoras de ‘casas fortes’ a las fiestas. Pilar, Sara, y Matilda describieron los lazos fuertes que las unían a sus clientes: “ ‘A costureira da casa.’ ‘A nosa costureira,’ decían eso.” Una costurera hábil tenía asegurados clientes, incluso, cuando su capacidad para trabajar disminuía, debido al cuidado de los niños. Pilar, al igual que Sara, contaron que sus clientes les permitían llevar a sus niños pequeños, por ser muy trabajadoras y hábiles: “Hasta que fun cos nenos. Cando eran criaturas. No lle importaba. O que querían era que iba eu. Habían poucas costureiras que facían de todo.”

Por lo tanto, las costureras ambulantes construyeron una identidad con dos caras y que parece, en algún sentido, ser contradictoria. Sara, Pilar y Matilda compararon el trabajo de “costureira” con el de jornaleros rurales, en cuanto al prestigio, al tiempo que subrayaban las difíciles condiciones de trabajo. Se esforzaban en señalar la diferenciación respecto a los jornaleros sin oficio, comparándose a otros artesanos que habían conseguido prestigio individual y cierto poder económico en las aldeas gallegas. Efectivamente, con frecuencia se identificaban más con las modistas y sastres que

tenían talleres, que con otros trabajadores ambulantes. Entendían que el sistema de estratificación dependía principalmente de los recursos económicos, más que de los años de formación y del talento. De esta forma, las costureras o modistas que tenían talleres estaban en el nivel más alto de la jerarquía, y las costureras ambulantes se situaban en el más bajo. Precisamente por esto, en mis entrevistas las costureras a veces expresaban abiertamente su frustración, sufrida por no haber recibido los pagos ajustados a sus conocimientos y al duro trabajo.

La ilusión de muchas costureras ambulantes era poder ahorrar bastante dinero para montar un taller, pero pocas consiguieron este sueño. El montaje de un taller de costura dependía de la disponibilidad, de los recursos económicos necesarios, por parte de la familia; sin embargo, algunas costureras podían reunir el capital necesario, después de casarse con hombres que tenían propiedad o ganaban buenos sueldos en Galicia o en otros países. Es ilustrativo el caso de un padre, que ahorró bastante dinero trabajando durante una década en Argentina, y lo invirtió en un taller para su hija, que en seguida tuvo algunas empleadas y aprendizas. Otra mujer pudo establecer un taller junto con una tienda y taberna que llevaba con su marido cuando éste se jubiló de RENFE.

Aunque encontré unas costureras de mediana y tercera edad que continuaban yendo a las casas de sus clientes y que seguían ganando un jornal (que hoy en día oscila entre dos mil quinientas y tres mil quinientas pesetas, incluyendo una comida caliente a mediodía), este tipo de contrato llegó a ser raro. Las costureras más pobres ahora trabajan en sus casas, en el rincón de la sala de estar y de las cocinas chiquitas, haciendo costura poco remunerada, como arreglos para vecinos y tiendas, y el trabajo a destajo para fábricas o para otros sastres y modistas. Frente a la versión que una informante, (Remedios Fraga), dijo a los Buechlers (1992: 11) en los años ochenta, todas las costureras, con quien hablé, afirmaron que podían ganar más dinero trabajando para sus clientes particulares, o incluso a destajo para las modistas clandestinas, que haciéndolo para las fábricas, porque las cuotas del trabajo a destajo habían caído considerablemente. En mil novecientos noventa y tres Carmen, que tenía treinta y tres años, me explicó: “Había más trabajo a destajo antes. Pero no es que había [hubiera] mas. Era que pagaban más. Cambió las cosas desde hace por lo menos dos, tres años.” Monica, que tenía treinta años en el momento de la entrevista dijo que, unos años antes, había perdido su puesto fijo en una fábrica al tener el primer hijo; después trabajó en casa para clientes particulares y a destajo para otra modista. Calificó de gran explotación el trabajo a destajo para las fábricas: “Traballas como unha louca e non cobras casi nada.”

5. LAS DUEÑAS DE LOS TALLERES Y LAS PATRONAS

Durante los años ochenta y noventa, algunos aspectos del oficio de modista y de costurera cambiaron. Ahora ya no hay costureras ambulantes, y las jóvenes, que están aprendiendo a coser ya no se imaginan haciendo este tipo de trabajo. Aunque el sistema

de aprendizaje informal todavía existe, hasta cierto punto fue reemplazado por cursos estatales y por las academias de corte y confección. Algunos sastres y modistas, como es el caso del Señor Alvarez descrito por los Buechlers (1992:109-110), empezaron a ilusionarse por el nacimiento “da Moda Galega” y la fama internacional, cada vez mayor, de los diseñadores gallegos, como Kina Fernández y Caramelo, y dentro de este ambiente expansivo han establecido sus pequeñas fábricas de confección.

Sin embargo, entre las modistas clandestinas, las que tienen unos ingresos bastante seguros y altos a causa de su reputación de buenas profesionales, todavía siguen estando en la cumbre de una jerarquía escondida en el sector informal. Como sus colegas pasados, estas mujeres han elegido emplear los recursos que constituían la base de la posición de sus familias, generalmente obreras y campesinas, para montar unas empresas que les permiten desarrollar su creatividad e independencia, y, al mismo tiempo, suplementar el sueldo de su marido, en algunos casos, con la aportación de una cantidad similar. En esta parte de la exposición me interesa señalar la similitud de su posición respecto a los dueños de talleres de las décadas pasadas; y, además, tratar el hecho de que, incluso dentro del grupo de mujeres que confeccionan ropa en talleres ubicados en sus casas, hay una jerarquía.

Encarnación está casada con un maestro y tienen cuatro hijos, el menor todavía pequeño y la hija mayor casada y trabajando en una ocupación profesional. Encarnación es la segunda de dos hermanos y la única mujer de una familia de labradores, propietaria de fincas en una aldea ubicada a menos de veinte kilómetros de Santiago de Compostela. Sus padres pudieron pagarle la formación de costurera, en principio, durante tres años en un taller de un pueblo cercano, y, más tarde, la instrucción en corte y diseño en la ciudad, durante cuatro meses. Con diecisiete años, empezó a trabajar de costurera ambulante, por un jornal, en las casas de clientes de Santiago de Compostela. Se inició, sobre todo, haciendo arreglos: “Cogí el coche de línea por la mañana y así regresaba a la aldea por la noche. Todos los días. Y comía en la casa de la señora.” Ganaba cincuenta pesetas al día, además de la comida, y gastaba cinco pesetas de su sueldo pagando el billete del coche de línea. Sin embargo, me explicó que no le importaba tener un sueldo bajo: “En mi casa no éramos pobres, no vivíamos mal. Y entonces lo que mi madre quería para mí era que cosiese para tener experiencia.”

Después de casarse a los diecinueve años, Encarnación se marchó con su marido a Holanda donde vivieron varios años y donde nacieron sus dos hijos. Allí, trabajaba de costurera en un gran almacén haciendo cortinas y tapices a medida. También, se encargaba de hacer su ropa, la de sus hijos y la de los hijos de sus amigas. Al regresar a Galicia, Encarnación montó un taller primero en la casa grande de sus padres, en la aldea, y más tarde en un piso en Santiago de Compostela, a veces con aprendices y, con frecuencia, contratando a otras costureras a destajo: “Entonces cuando yo regresé a España, tuve mucha experiencia y monté un taller y tuve chicas y empecé a coser con chicas en mi casa. O debería decir que yo cosía para los clientes [...] Normalmente, en algún tiempo, tenía cuatro [aprendices/empleados]”. Tiene reputación de modista de

mucho talento, sobre todo para el diseño de los trajes de boda y de ropa elegante, en general. Durante los últimos años, se especializó más y ahora divide su ritmo anual en dos fases: trabaja con piel durante los meses de invierno y con géneros durante el verano. Todos sus encargos, sobre todo, los de las chaquetas y abrigos de piel (de visón mayoritariamente), los hacen clientes con posibilidades. Encarnación no tuvo que realizar arreglos incluso cuando trabajaba de costurera ambulante. Encontraba que el trabajo con piel era un reto que la liberaba un poco, del cansancio que le producía la costura convencional. Por ejemplo, era frecuente que una novia le encargase todos los trajes para una boda, a pesar de que este tipo de trabajo, no le entusiasma, todavía durante el verano lo realiza para los clientes habituales.

Encarnación tiene dos máquinas de coser convencionales, otra máquina para coser piel, una plancha buena, y también una máquina para hacer ropa de punto. Actualmente, contrata a tres mujeres que trabajan, a destajo, en sus casas. Estas trabajaban en cadenas de montaje, en las fábricas de confección de ropa de tejido y de piel, hasta que fueron despedidas. Antes de trabajar para Encarnación, hicieron trabajo a destajo para las fábricas, desde su casa. Encarnación diseña y corta y sus empleadas realizan tareas similares a las que desempeñaban en las fábricas. Me explicó que cuando tiene tiempo, intenta introducir las en el proceso de diseño. Hablé con dos de estas empleadas, y ambas confirmaron que ganan más trabajando con Encarnación que en las fábricas; añadieron, también, que el trabajo es más constante. Por otra parte, Encarnación afirmó que prefería ganar menos antes que explotar a vecinas, como lo hacían los intermediarios de la fábrica.

Es una persona activa, con apariencia de ser más joven de lo que es; pasa algún tiempo cada semana haciendo trabajo voluntario y parece que está muy contenta de su oficio de modista. Me confesó que algunos meses gana más dinero que su marido, maestro, y que esto posibilita que puedan mandar a sus hijos a la Universidad, viajar un poco, y emplear dinero en renovar la casa de la aldea que Encarnación heredó de sus padres.

Delfina tiene alrededor de treinta años, está casada y tiene un hijo; su marido es obrero de la construcción y lleva un taller en su piso, en un pueblo de Galicia. De niña aprendió a coser con su prima, que era una costurera ambulante; después, Delfina pasó tres años, de los catorce a los diecisiete, aprendiendo en el taller de una vecina, en donde trabajaba y, además, pagaba una cuota de doscientas pesetas al mes. Durante su juventud, Delfina era tímida, tenía miedo de ir a la ciudad en autobús para aprender el corte, por ello convenció a la dueña del taller para que la enseñase. Aunque Delfina pagaba a esta maestra quinientas pesetas al mes para que le enseñase el corte, y contribuía con su labor no remunerada (y ahora bastante útil), valora estas lecciones de corte como si fueran un favor recibido: “Despois da hora de comer, faciamos o corte [...] si había pouco traballo, ela me dixo ‘Mira. Ti vas a cocina e fas algo.’ Ela tiña unha mesa grande na cocina pra que fora un taller pequeno. ‘Vai a cocina e fas algúns patróns e despois eu che los miro.’ E así fora como eu aprendín.”

Al terminar el segundo aprendizaje, Delfina se dedicaba a la costura sencilla en la casa de sus padres, en una aldea pequeña, hasta el momento de casarse y mudarse al piso

que está situado en el pueblo, ahora, hace arreglos y ropa nueva para los clientes. El día que visité a Delfina, estaba presente también Margarita, una joven de quince años, que permaneció sentada en una esquina hilvanando una blusa. Cuando pregunté a Delfina si normalmente tenía aprendices, me contestó que tuvo dos antes de empezar con Margarita: “Esta e a terceira. [...] Non quero ter mais que unha. Así podes prestarlles mais atención. Pra enseñarlles ben non podes prestar atención a unhas ao mesmo tempo entonces prefiro ter unha.” Delfina tiene que hacer arreglos, aunque prefiere confeccionar ropa nueva, porque puede cobrar más y es un trabajo más grato: “Dinche: ‘Mira como me vai ben.’”

Tiene dos máquinas de coser y una plancha. Cuenta que la máquina más vieja, una Refrey, tiene casi veinte años porque se la regalaron sus padres cuando empezó a coser; entonces, costó aproximadamente quince mil pesetas. La máquina nueva es una Celebrity y costó más de cien mil pesetas hace poco. Como la mayoría de las modistas hábiles, Delfina no piensa que esté bien pagada por su trabajo, argumenta que muchos de sus clientes le encargan porque así pueden ahorrar en ropa. Por ejemplo, ella cobra sólo cinco mil pesetas por un traje de damita de honor, que lleva por lo menos diez horas de trabajo. Siempre está obligada a negociar el coste de los accesorios, los clientes traen el género y eligen un diseño, después de mirar las revistas de moda que proporciona Delfina y más tarde comentan “Pos ti o forro e os botóns, ¿non?” Con todo, estos encargos le dan mayor rendimiento que los arreglos con los que gana menos por hora; por ejemplo, sólo puede cobrar cien pesetas por acortar un par de pantalones.

Claramente, aunque las dos modistas trabajan en sus casas, Encarnación y Delfina no pertenecen al mismo nivel socioeconómico. Encarnación es dueña de un piso grande en Santiago de Compostela, y de una casa y fincas en una aldea cerca de la ciudad; está casada con un profesional con un sueldo fijo. Delfina vive en un piso arrendado y pequeño en un pueblo, ni ella ni su marido tienen la posibilidad de heredar propiedad u otros bienes, y su marido trabaja mediante contrato laboral. Las dos mujeres trabajan para clientes particulares, pero mientras que Encarnación se encarga principalmente de los pedidos que le interesan, Delfina no tiene este privilegio e invierte mucho tiempo en hacer arreglos. Delfina no puede cobrar tanto como Encarnación por el tiempo dedicado a hacer una prenda, porque sirven a clientelas distintas. Los clientes de Encarnación, que son de clase media y alta, gastan mucho dinero en la compra de los géneros necesarios (piel, seda y encaje), para hacer su ropa y no se sorprenden ante precios bastante altos. Por contraste, los clientes de Delfina no pueden pagar mucho ni por las materias ni por su trabajo. Si se pudiera calcular con precisión, las dos mujeres ganan sueldos muy diferentes, por hora. Es por eso, que Encarnación es capaz de pagar a tres costureras para rematar partes de las prendas hechas para los clientes, mientras que Delfina sólo puede emplear una aprendiz no pagada.

Otra forma de vida y trabajo de las modistas es la venta de sus conocimientos sobre el oficio: pueden dedicarse a enseñar en vez de coser. Como mencioné antes, muchos talleres fueron reemplazados por academias de corte y confección, en donde las chicas

aprenden el diseño y el corte, según los sistemas de instrucción patentados, por unas cuotas bastante altas, que en mil novecientos noventa y cuatro variaban entre 5000 y 10.000 pesetas al mes¹¹. En algunos casos, las dueñas de las academias han dejado de coser para clientes para dedicarse a enseñar, en tanto que en los sitios más modestos las dueñas han de coser y dar clases simultáneamente. Sin embargo, la decisión de entrar en la economía formal mediante la inversión en un sistema patentado de instrucción, en el alquiler o compra de un local en un pueblo o ciudad, y en el registro del negocio resulta costosa. De ahí, que todos estos establecimientos los monten unas modistas, que deciden ganar su vida vendiendo su destreza directamente como maestras, en lugar de confeccionar ropa.

En una de las academias más prosperas que visité en 1.994 la dueña, Ana, distribuía a los alumnos en turnos de tres horas cinco días a la semana. Los alumnos pagaban una matrícula de diecisiete mil pesetas, al principio; los que estaban haciendo el primer curso de corte y confección pagaban diez mil pesetas, mientras que los estudiantes de diseño pagaban dieciocho mil pesetas cada mes. Los alumnos que quisieron tener un diploma formal tuvieron que pagar, también, una cuota de sesenta mil pesetas para hacer el examen final. Esta certificación les dió el derecho a enseñar bajo el sistema patentado por Ana, pero si quisieran montar una academia propia, basada en este sistema, deberían pagarle a Ana un porcentaje de sus ingresos, usar sus libros de texto y dejar que ella examinase, finalmente, a sus alumnos. Durante el año académico (desde Octubre hasta Junio), aunque los números fluctúan, esta academia tiene entre veinte y cuarenta alumnos por turno. Ana no tuvo que pagar un sueldo a nadie, porque obligaba a los alumnos más avanzados a trabajar de asistentes, durante dos meses, al final de curso. Era evidente, que esta empresa y algunas otras fueron más rentables que un taller clandestino en el que se hacía solamente la confección de ropa. Comentó Ana que procede de una familia de negociantes pequeños y que sus padres se disgustaron cuándo, a los catorce años, ella decidió empezar un aprendizaje para ser modista, en vez de seguir con sus estudios académicos como hicieron sus dos hermanas. “Pero ahora están contentos,” dijo con orgullo, mientras miró las copias de su patente y sus certificados de profesora de confección, corte y diseño, colgados en las paredes de su despacho.

Los ejemplos, en esta sección, han demostrado que, aunque las modistas que han montado talleres estables siguen teniendo una categoría social superior y unos ingresos más altos que las costureras ambulantes del pasado y que sus empleadas corrientes, hay diferencias significativas entre las modistas. Como, en etapas anteriores, sus oportunidades y nivel social siguen estando determinados, en parte, por los recursos de sus familias y de sus maridos.

¹¹ Los gastos de los estudiantes pueden incluir también una matrícula, materiales incluyendo un libro de texto, y una cantidad (hasta 60.000 pesetas en 1.994) para el examen final y el certificado. Las dueñas de las academias me dijeron en 1.994 que un curso completo de corte y confección dura de dos a tres años y una minoría de estudiantes se queda para completar un curso de diseño para unos seis meses hasta un año más.

6. CONCLUSIONES

Mi meta principal en esta investigación fue exponer que el trabajo clandestino de costura, hecho en Galicia por mujeres jóvenes y mayores, estuvo y está muy estratificado, como otros tipos de trabajo no regulado. La jerarquía de productoras en este oficio refleja la clase social de sus familias.

En un país con una tasa de paro muy alta, muchas de las costureras con quienes hablé, me dijeron que era importante tener un oficio, como medio de ganar dinero, para contribuir a los ingresos de la casa. Algunas argumentaron, que cosiendo, al contrario que con los títulos de bachiller y de carrera, “hay salidas”[“there are openings”]. Sin embargo, estas ‘salidas’ permanentemente eran más imaginadas que reales: como el acceso al modo de vida de la clase media, una ilusión que no se correspondía con las experiencias de la mayoría de las mujeres gallegas, que han aprendido a coser y diseñar ropa. Muchas mujeres trabajadoras en los años noventa, incluso las que trabajaban para otras, se veían, en el futuro, más como productoras independientes que como miembros del proletariado. Alonso (1983) y Wilson (1991) descubrieron que estas expectativas eran corrientes en Méjico entre las costureras de tejido y de punto, pagadas a destajo en los talleres pequeños que proporcionaban ropa a las fábricas de mayor entidad: “Finalmente, las costureras de Neza no se consideran como proletarias simples. Ellas sueñan con tener su propio taller, su propio negocio que crecerá con los años” (Alonso, 1983: 171; esta manifestación se expresa con mayor énfasis en la versión inglesa: “Finally, the seamstresses of Neza *do not look upon themselves as simple proletarians*. They dream of having their own workshop, their own small business that will grow with the years”). Yo argumentaría que en Galicia, esta aspiración se ha visto afectada por las experiencias de estratificación, que tenían la mayoría de las mujeres mientras aprendían su oficio. La idea de que la costura les va a proporcionar seguridad económica, presupone el proyecto de un taller rentable con beneficios conseguidos gracias al trabajo. Se dan cuenta que esto no podía realizarse con el trabajo individualizado. Los modelos de éxito son las modistas del pasado, que dirigieron los grandes talleres que hacían la ropa de la clase alta, en parte, gracias a las escasas e inexistentes retribuciones de los aprendices y obreros. Un modelo más reciente es la academia de corte y confección, las dueñas venden la certificación de una habilidad pero, también, se aprovechan del trabajo de los alumnos mayores como asistentes no pagados. Los ejemplos que he presentado, hoy, demuestran que, a pesar del hecho de que el talento, la ambición, y los esfuerzos de diferentes mujeres, han sido factores significativos que han influido mucho en el éxito de sus profesiones, la clase de la mayoría de las costureras y modistas estuvo y está determinada, más que nada, por la clase de sus padres y, a veces, si están casadas, por la de su marido. Mujeres como Sara, Matilda, y Pilar, procedentes de familias pobres del medio rural, y que trabajaron de costureras ambulantes durante los años centrales del siglo veinte, no podían emplear su destreza y trabajo para acceder a una clase superior; sólo podían ganar un jornal que aseguraba su subsistencia diaria, en una situación similar a la de una

jornalera agrícola. Durante la misma época, algunas mujeres de familias más estables económicamente [(que tenían bastantes fincas o alguien con un buen oficio)] pudieron montar un taller. Como el trabajo de las costureras ambulantes, muchos de los talleres existentes, antes de los años setenta, eran clandestinos, y sus obreros trabajaban en condiciones irregulares. Sin embargo, otros talleres, sobre todo los patrocinados por los clientes ricos en ciudades y pueblos, operaron en su mayor parte, dentro del sector formal.

Entre las mujeres jóvenes, que han trabajado de costureras y modistas de los años setenta a los noventa, existe una jerarquía parecida: Las mujeres pertenecientes a los niveles inferiores siguen trabajando de aprendizas no pagadas, o de empleadas con sueldos relativamente bajos. Una minoría muy reducida continúa trabajando de costurera ambulante; sin embargo, las costureras, más pobres pero independientes, trabajan hoy en sus casas, haciendo, sobre todo arreglos para tiendas de ropa y clientes particulares, además de confeccionar ropa en cantidades pequeñas. Las modistas como Encarnación, que es hija de labradores fuertes y esposa de maestro, pudieron establecer los talleres de más éxito y fama (aunque también clandestinos). Sus situaciones son muy distintas a las de otras mujeres, como Delfina, que lleva un taller más modesto, solamente con un aprendiz. Sin embargo, Encarnación no ha elegido cambiar por una empresa del sector formal, como las academias de corte y confección, similares a la de Ana y otras. Encarnación está contenta vendiendo su conocimiento y talento, sobre todo, en el diseño de ropa en vez de ser una maestra que vende la certificación.

Los datos de mi investigación preliminar de las modistas y costureras en la provincia de A Coruña, señalan la importancia del análisis de la estratificación interna dentro de oficios determinados. También, indican que deberíamos tener en cuenta, siempre, que la adquisición de los conocimientos de un oficio y el empleo está relacionada con el género y la clase social de los individuos, y con la historia de las oportunidades en los sectores “informal” y “formal”, en las distintas regiones geográficas.

BIBLIOGRAFÍA

- Alcobendas Tirado, M. P., *The Employment of Women in Spain*, Luxembourg: Commission of the European Communities. 1984.
- Allen, S., y Wolkowitz, C., *Homeworking: Myths and Realities*, Houndsmills, Basingstoke, Hampshire, MacMillan Education. 1987.
- Alonso, José Antonio, The Domestic Clothing Workers in the Mexican Metropolis and Their Relation to Dependent Capitalism, En June Nash y María Patricia Fernández-Kelly (coord.), *Women, Men, and the International Division of Labor*, Albany: State University of New York Press, 1983, pp. 161-172.
- Beiras, Xosé Manuel, *O atraso económico de Galicia*, Vigo, Galaxia. 1973.
- Benería, Lourdes y Martha Roldán, *The Crossroads of Class & Gender: Industrial Homework, Subcontracting, and Household Dynamics in Mexico City*, Chicago y London: The University of Chicago Press. 1987.
- Benton, Lauren, *Invisible Factories. The Informal Economy and Industrial Development in Spain*, Albany: State University of New York Press. 1990.
- Brettell, Caroline, *Men Who Migrate, Women Who Wait: Population and History in a Portuguese Parish*, Princeton: Princeton University Press. 1986.
- Buechler, Hans Christian, Spanish Galician Migration to Switzerland: Demographic Processes and Family Dynamics, En Hans Christian Buechler y Judith-Maria Buechler (coord.), *Migrants in Europe: The Role of Family, Labor, and Politics*, Westport, Conn.: Greenwood Press, 1987, pp. 221-264.
- Buechler, Hans Christian y Judith-Maria Buechler, Los Suizos: Galician Migration to Switzerland, En H. Safa and B. DuToit (coord.), *Migration and Development: Implications for Ethnic Identity and Political Conflict*, The Hague: Mouton, 1975, pp. 17-31.
- Buechler, Hans Christian y Judith-Maria Buechler, *Carmen: The Autobiography of a Spanish Galician Woman*, Cambridge, MA; Schenkman Publishing Company. 1981.
- Buechler, Hans Christian y Judith-Maria Buechler, Four Generations in Spanish Galicia: A Developmental Analysis of Socioeconomic Options, En O. Lynch (coord.), *Culture and Community in Europe: Essays in Honor of Conrad Arensberg*, New Delhi: Hindustani Press, 1984, pp. 150-172.
- Buechler, Hans Christian y Judith-Maria Buechler, Spanish Galician Industrialization and the Europe of 1992: A Contextual Analysis, En Frances Abrahamer Rothstein and Michael L. Blim (coord.), *Anthropology and the Global Factory: Studies of the New Industrialization in the Late Twentieth Century*, New York: Bergin & Garvey, 1992, pp. 102-118.

- Buechler, Judith-Maria, The Eurogallegas: Female Spanish Migration, en D. Raphael (coord.), *Being Female: Reproduction, Power, and Change*, The Hague: Mouton, 1975, pp. 207-214.
- Cabeza Quiles, Francisco, Xastre, *Gran Enciclopedia Gallega*, Tomo 30: 187, Santiago de Compostela, Silveiro Cañada Editorial. 1974.
- Carmona Badía, Joám, *El atraso industrial de Galicia: Auge y liquidación de las manufacturas textiles (1750-1900)*, Barcelona: Editorial Ariel. 1990.
- Casas, José Ignacio, *La participación laboral de la mujer en España*, Madrid: Instituto de la Mujer. 1987.
- Cole, Sally, *Women of the Praia*, Princeton, NJ: Princeton University Press. 1991.
- De la Gala González, Susana, *Tradición y modernidad: una aproximación a las relaciones de género en la sociedad rural gallega*, Tesis doctoral, Universidade de Santiago de Compostela. 1995.
- De la Gala González, Susana, Day Workers, Main Heirs: Gender and Class Domination in the Parishes of Mourisca and Beba, *Anthropologica*, XLI: 143-153. 1999.
- Fernández-Kelly, María Patricia y Anna García, Hispanic Women and Homework: Women in the Informal Economy of Miami and Los Angeles, En Eileen Boris and Cynthia R. Daneils (coord.), *Homework: Historical and Contemporary Perspectives on Paid Labor at Home*, Urbana y Chicago: University of Illinois Press, 1989, pp. 165-179.
- Fidalgo Santamariña, Xosé Antón y Faustino Rodríguez Fernández-Taboadela, *Cinco profesiones ambulantes ourensáns*, Vigo: Caixa Rural de Ourense. 1988.
- Gran Enciclopedia Gallega, *Costureiras*, Tomo 7: 255, Santiago de Compostela: Silveiro Cañada Editorial. 1974.
- Hadjicostandi, Joanna, "Façon": Women's Formal and Informal Work in the Garment Industry in Kavala, Greece, En Kathryn Ward (coord.), *Women Workers and Global Restructuring*, Ithaca, NY: ILR Press, 1990, pp. 64-81.
- Holmes, Douglas R., A Peasant-Worker Model in a Northern Italian Context, *American Ethnologist*, 10, 1983, pp. 734-748.
- Holmes, Douglas R., *Cultural Disenchantments: Worker Peasantries in Northeast Italy*, Princeton: Princeton University Press. 1989.
- Kelley, Heidi, *Competition vs. Cooperation: Female Self-Image in a Coastal Galician Community*, Tesis doctoral, University of Washington. 1988.
- Kelley, Heidi, Unwed Mothers and Household Reputation in a Spanish Galician Community, *American Ethnologist* 18(4), 1991, pp. 565-580.

- Labrada, Lucas, *Descripción económica del Reino de Galicia*, Vigo: Editorial Galaxia. 1971[1804].
- Lisón Tolosana, Carmelo, *Antropología cultural de Galicia*, Madrid: Akal Editor. 1983[1979].
- Lorenzo Fernández, Xaquín, *Oficios*, Vigo: Editorial Galaxia. 1983.
- Meijide Pardo, Antonio, *La emigración gallega intrapeninsular*, Madrid: CSIC. 1960.
- Morris, Jenny, The Characteristics of Sweating: The Late Nineteenth-Century London and Leeds Tailoring Trade, En Angela V. John (coord.), *Unequal Opportunities: Women's Employment in England, 1800-1918*, Oxford y New York: Basil Blackwell, 1986, pp. 95-121.
- Palmás, Ricardo, La Emigración, En *Los Gallegos*, Madrid: Ediciones ISTMO, 1984, pp. 503-536.
- Pennington, Shelley y Belinda Westover, *A Hidden Workforce: Homeworkers in England, 1850-1985*, Houndsmills, Basingstoke, Hampshire: MacMillan Education. 1989.
- Rodríguez Campos, Joaquín, *Economía, estratificación social y adaptación: Estudio antropológico en la Tierra de Montes*, Tesis doctoral, Universidad de Santiago de Compostela. 1983.
- Rodríguez Campos, Joaquín, La crisis de un sistema de vida tradicional, En *Antropología y etnografía de las proximidades de la Sierra de Ancares, Vol. 1*, Lugo: Diputación Provincial de Lugo, 1990, pp. 125-190.
- Roseman, Sharon R., *Santiago de Carreira: Stories of Labour in a Community of Galician Worker-Peasants*, Tesis doctoral, McMaster University. 1993.
- Roseman, Sharon R., Falamos como Falamos: Linguistic Revitalization and the Maintenance of Local Vernaculars in Galicia, *Journal of Linguistic Anthropology*, 5(1), 1995, pp. 1-30.
- Saavedra, Pegerto, Economía, *Política y sociedad en Galicia: La provincia de Mondoñedo, 1480-1830*, Santiago de Compostela: Xunta de Galicia. 1985.
- Sara-Lafosse, Violeta, *Campeasinas y costureras. Dos formas de explotación del trabajo de la mujer*, Lima, Perú: Pontificia Universidad Católica del Perú Fondo Editorial. 1983.
- Scott, Joan, Work Identities for Men and Women: The Politics of Work and Family in the Parisian Garment Trades in 1848. En *Gender and Politics of History*, New York: Columbia University Press, 1988, pp. 93-112.
- Schubarthe, Dorothe y Anton Santamariña, *Cancioneiro popular galego, Volumen I. Oficios e labores, Tomo II: Letra*, La Coruña: Fundación "Pedro Barrié de la Maza, Conde de Fenosa". 1984.

Soto Carmona, Álvaro, Cuantificación de la mano de obra femenina (1860-1930), En *La mujer en la historia de España (Siglos XVI-XX)*, Madrid: Seminario de Estudios de la Mujer, Universidad Autónoma de Madrid, 1984, pp. 279-298.

Villares, Ramón, *Historia de Galicia*, Madrid: Alianza. 1985.

Wilson, Fiona, *Sweaters: Gender, Class and Workshop-based Industry in Mexico*, Houndsmills, Basingstoke, Hampshire: MacMillan. 1991.